



DEL MUY VIRTUOSO CURA
PARROCO

DE

A R A N Z A Z U

Presbítero doctor don

TEODORO A. DE J. GALLO UPEGUI

POR

JOSE F. LOPEZ MONTES Pbro.

(Con licencia eclesiástica)

Aranzazu, Marzo 19 de 1926.



TIP. EL FARO.

©Academia Colombiana de Historia.



©Academia Colombiana de Historia.



GOBIERNO ECLESIASTICO
DIOCESIS DE MANIZALES FEBRE-
RO 28 DE 1926.

Visto el informe de nuestro censor eclesiástico, puede imprimirse la «Biografía del muy virtuoso Cura Párroco de Aranzazu, Presbítero Doctor don Teodoro Antonio Gallo Upegui», compuesta por el Pbro. José Felipe López. Su lectura será útil a los fieles y servirá de ejemplo a los eclesiásticos.

L. S. † TIBERIO OBISPO.

*Iusti atem in
perpetuum vi-
vent! (Sap. 5, 16).*

ADVERTENCIA NECESARIA

Solamente después de seis años de muerto el Padre Gallo, el cual fue uno de los sacerdotes más virtuosos de los de una generación que ya está lanzando los últimos rayos, como un sol que muere, sus últimas irreplicaciones, como un tren que descansa de una larga jornada, sus últimos gritos, como cisne moribundo, en los queridísimos sacerdotes Silverio Adriano y Miguel Gómez, de Pácora; Higinio de J. Correa, de Neira; Domingo Mejía, de Aguadas, y Amador Ramírez de Pensilvania, reliquias santas de esa generación benemérita, que dejará eternamente, en el dulce hogar de esta Diócesis, una estefa luminosa y perfumada, porque han sido en su vida, el buen olor de Cristo: «Christi bonus odor sumus», por sus virtudes teologales y cardiales, por su ardiente celo por la gloria de Dios, y por la santificación de las almas que en buena hora les fueron confiadas, por cuya razón serán dignos de la corona de los bravos, porque han sabido afrontarse sin miedo, cara a cara, con los eternos enemigos de las almas: mundo, demonio y carne; solamente después de seis años de haber desaparecido del teatro de este mundo esa estrella luminosa, que alumbró con sus resplandores los cielos de la Iglesia militante, para pasar a alumbrar en los cielos de la Iglesia triunfadora, viene a aparecer su Biografía.

Y por qué tanta demora?

Desde un principio quisimos decir algo de las virtudes de este sacerdote ejemplar acordándonos de que es bueno publicar las obras de aquellos varones que han pasado por el mundo cumpliendo con su deber, y que por tanto, pueden servir de modelo a aquellos otros que marchamos atrás, con semejantes aspiraciones.

Pero a los deseos, se opusieron los temores; pues bien comprendimos que no éramos nosotros los llamados a acometer esta empresa tan digna. Sin embargo, el cariño y la admiración que siempre tuvimos y aun hoy tenemos por el que fue nuestro Párroco, movieron nuestro corazón a buscar nuevos admiradores para aquel corazón noble, magnánimo, tierno, delicado, siempre fiel, siempre amigo, siempre leal, siempre encendido en el amor de Dios Nuestro Señor, y a buscar imitadores de aquella alma siempre pura, siempre iluminada por los rayos de la más viva fe, y que vivió siempre en la presencia de Dios, y que supo mantener la eterna sonrisa en sus labios, a pesar de las contradicciones y las dificultades que se les presentan a todos los discípulos de Cristo Nuestro Señor.

Que se nos excuse, pues, nuestro atrevimiento, ya que al hacer esto, no hacemos otra cosa que consignar por escrito lo que la humanidad entera ha hecho, empezando por el Hombre-Dios, la cual busca siempre para mostrar, las más perfectas de sus obras. Así lo han hecho los grandes maestros de humanidades, buscando siempre los mejores modelos para educar el gusto a

sus discípulos, haciéndoles admirar las dulcísimas armonías de la música, las vagas y delicadas perspectivas de la pintura, las sublimes concepciones de la poesía, las hermosas realidades de la arquitectura, las suavísimas locuciones de la literatura, el múltiple sabor de todas las ciencias humanas y divinas; así lo hizo Jesucristo, cuando, después de haber hecho cosas admirables, que nadie puede hacerlas sino Dios o los enviados de Dios, quiso dejar a los hombres que llegaran después de su gloriosa Ascensión, alguna muestra palpable de su eterno poder y de su eterna sabiduría, e hizo entonces su Iglesia, edificada sobre Pedro, con tal trabazón, con tal armonía en su conjunto y en sus partes, con tal belleza, con tal orden, que todos los que se detuvieran a admirarla en el transcurso de las edades, tuvieran que exclamar: Verdaderamente el dedo de Dios está aquí; así lo ha hecho a su vez la Iglesia, la cual para mostrar la eterna fecundidad de que la dejó dotada su Fundador, levanta diariamente al culto de los altares a todos aquellos que han sido capaces de practicar una virtud heroica. Y apesar de lo difícil que es la práctica de la virtud, sin embargo, la fuerza que da la gracia, repartida por la Iglesia junto con sus sacramentos, hacen que diariamente, pueda, con orgullo, mostrar la fidelidad de esos hijos que a sí cumplen con su deber. Y por eso a pesar de los obstáculos que no ha cesado de presentarle el mundo, siempre ha ido extendiendo sus ramas protectoras, hasta cobijar hoy el universo entero.

Debemos advertir que cuando empezamos a escribir esta pequeña Biografía, no pensamos escribir una obra, sino un solo capítulo para la magna Corona Fúnebre, que se pensaba publicar.

Han pasado ya seis años, y la Corona Fúnebre no aparece.

Qué hacer?

No esperar más. Por esta razón hemos resuelto publicar, por nuestra propia cuenta, estas pocas líneas. Así creemos cumplir con el deber que nos impone la conciencia, de mostrar las obras de nuestro Párroco ante el mundo, para que Dios sea alabado en sus hijos, y sobre todo en sus sacerdotes, y para que así se cumpla en la tierra lo que Dios tiene prometido a sus hijos en el cielo, cuando dice por boca de Salomón: *lusti autem in perpetuum vivent.*

Con la aprobación y recomendación de nuestro carísimo Prelado, señor doctor don Tiberio de J. Salazar y Herrera, sale hoy a la luz pública este humilde trabajo, en estilo sencillo, pero sincero.

Solamente deseamos que el cielo bendiga nuestra buena intención.

J.F.L.



BIOGRAFIA DEL MUY
VIRTUOSO CURA PARROCO
DE ARANZAZU, PRESBITERO
DOCTOR DON

TEODORO DE J. GALLO UPEGUI.

CAPITULO I

SU NACIMIENTO E IDA A GUARNE

El 11 de Noviembre del año de 1850, vió la luz de este mundo un niño quien al ser alistado al grandioso ejército del Divino Crucificado por expresa voluntad de sus muy cristianos progenitores, recibió el nombre de TEODORO DE JESUS; nombre que años después resonaría, como dulces cantos de alondras mañaneras, en los oídos y en los corazones de todos aquellos pueblos afortunados que le vieron pasar como un mensajero de paz, de verdad, y de amor haciendo, como Nuestro Señor Jesucristo, el bien a todos aquellos que a sus cuidados paternos fueron confiados.

Fueron sus padres los muy virtuosos antioqueños, don Lorenzo Gallo y doña Rafaela Upegui; ambos de costumbres patriarcales, modelos de hidalgos castellanos, amigos intachables, de virtudes cívicas y morales, y empedrados en esa virtud sublime de la caridad evangélica, que ha-

ce de los hogares un paraíso, hasta donde no pueden llegar los fieros y engañosos sibilidos de la infernal serpiente, porque las puertas de ese sagrario cerradas están con las invencibles llaves de la fe, amuralladas con la roca granítica de la esperanza, e iluminada con las ardorosas llamas de la caridad.

Nació nuestro héroe en la ciudad de Medellín. De allí tuvo que salir muy niño aún, porque su padre tuvo que marcharse con su familia a la población de Guarne, a cultivar un terreno que allí poseía.

En esa población pasó el niño Teodoro sus primeros años, dejando ya entrever, tras el blanco y puro velo de su inocencia, todos los encantos de su alma privilegiada; encantos que, nacidos en una tierra fecunda, debían crecer, llenos de frondosidad y hermosura, hasta dar opímos frutos «cual árbol que plantado está a orillas de pura y cristalina fuente», según frace consagrada por la Sagrada Escritura; y por cuyo motivo no solamente no perdería la exuberancia de su savia, ni la fragancia de sus esencias, con obligado contacto de los sucesos de este siglo, sino, que por el contrario, crecerían como un sol de verano, ensanchándose y purificando todo cuanto tocara, hasta morir por fin, como un sol de virtudes, envuelto entre los bellísimos arreboles de las policromas obras de su celo.

Cuando la razón dejó de ser crisálida para convertirse en mariposa juguetona y fugitiva, que presurosa va tomando el gusto de todas las flores de la ciencia humana, fue llevado el niño

Teodoro a las aulas escolares, a gustar de la amarguísima corteza que desgraciadamente cubre totalmente el árbol hechicero de la fascinadora ciencia, dirigidas entonces, por los muy competentes pedagogos, señores don Januario Henao y don Juan Correa.

Muchas fueron las luchas, muchos los disgustos, y sin número los sinsabores que tuvo que soportar en tan árdua empresa, por la carencia, casi absoluta de medios apropiados para el aprendizaje, en aquellos tiempos de guerras fratricidas, de odios profundos a sangre y exterminio; pero la constancia, esa virtud poderosa que todo lo alcanza, y lo que fue una de las cualidades características del Padre Gallo, hizo salir triunfante su empresa; pues habiendo nacido para hacerse grande ante Dios y ante los hombres, no podía ceder impasible ante ninguna dificultad.

Así dulcemente, entre la lucha de los tiempos escolares, los paseos a los campos, en donde el suave respirar de las esencias que exhalan las flores y los hermosos panoramas que se divisan desde las alturas con sus setos, sus valles, sus montes, sus ríos, sus trochas y veredas, hacen levantar hasta el cielo los ojos y los corazones de las almas puras; así dulcemente vivía el niño Teodoro, rebosante de vida natural y sobrenatural, cuando, oh dolor, las implacables y penetrantes garras de la pálida muerte vinieron a hincarse inmisericordes en la preciosa vida de un padre de familia, que ganaba, con el sudor de su frente, el cotidiano pan para una numerosa fa-

mente a los que tantas lágrimas derramaron el día de su partida, lo que no dejaba de ser un grandísimo consuelo para su triste viudez, si no un apoyo para educar a su hijo Teodoro, el cual daba ya inequívocas señales de estar llamado por Dios a servirle en la sublime pero terrible misión de santificar las almas, iluminándolas con los resplandores infinitos de la Fe, e incendiándolas con el fuego inextinguible de la Caridad Divina.

Y como en verdad era llamado por Dios, fue natural que encontrara llanos los caminos que a Dios conducen, no sin que se le presentaran dificultades, luchas, y sinsabores suficientes para hacerle conocer desde niño, que era hijo del Calvario, y que por tanto debía teñir con sangre su camino, poniendo sus pies, sobre las huellas del Divino Crucificado. Estas luchas, que fueron en verdad muchas, las refería él personalmente, y no las relatamos aquí por no tener una importancia excepcional, en los muchísimos actos beneméritos de su larga y preciosa existencia.

Ya en Medellín pudo refugiarse en ese semillero de santos y de sabios, que se llama Seminario. Su dicha en ese recinto sagrado no tenía límites; porque su alma templada como era al unísono con el inmenso órgano del universo, cantaba divinamente, como arpa colta, al son de los céfiros que descendían de las alegres playas de la eternidad, dándole frescura a su alma ardorosa, y fuerza a su corazón endiosado. Y quién podrá dudar, que en esa dulcísima soledad de los Seminarios, que bien pueden llamarse

milia. Murió don Lázaro, dejando a su esposa idolatrada y a los hijos a quienes amaba entrañablemente, pobres, y en la más amarga de las orfandades, por encontrarse lejos de su familia sin quien pudiera enjugarles las quemantes lágrimas que corrían abundantemente por todos aquellos rostros demacrados por el dolor.....

CAPITULO II

SU REGRESO A MEDELLIN Y ENTRADA AL SEMINARIO

Como una sombra negra cual son negras las noches del invierno, apareció la desgracia extendiendo sus horrorosas alas sobre aquel desolado hogar. Todos los moradores de aquel santo asilo de amor, desde el más grande hasta el más pequeño, sentían continuamente todo el infinito dolor de esa herida incurable, abierta por la muerte, para separar aquel querido padre que se marchaba a la eternidad, dejando en las playas desiertas de este mundo, a esposa e hijos, sintiendo todas las aterradoras amarguras de una despedida sin retorno....

Para remediar en algo siquiera tamaño mal, pensó la inconsolable viuda de Gallo, volver a la ciudad querida, en busca de los suyos, con la firme confianza de encontrar en ella, no sola-

cuevas misteriosas que enclavadas están en las montañas sagradas, en donde se siente palpar con mas fuerza la vida divina, en donde más intensamente se sienten las dulzuras místicas, y hasta donde con mas seguridad, llegan los perfumes de los jardines celestiales, que vienen con una fragancia capaz de embriagar las almas grandes, y sobre todo aquellas que tienen puesta su mirada y sus finales esperanzas en ver la realización, en sus personas, de las grandes dichas que anuncia san Pablo? Quién no siente en ese lugar de refugio para todas las virtudes, los eternos resplandores de ese sol de Justicia y de Amor que fecundiza todas las cosas? Pásase en esos solitarios claustros, lo años con la prèsteza de las horas felices; porque allí se deja ver la eterna felicidad como un rayo fugitivo, para hacerse conocer y amar, pero se esconde luego en el resto de nuestra vida para hacerse desear y buscar sin miedos ni temores; aunque para conseguirla tengamos que derramar la última gota de sangre como lo han hecho y lo hacen aun hoy los mártires; aunque sea diciéndole adios a todos los seres más queridos, para marcharse a regiones ignotas a morir entre las selvas vírgenes, lanzano sus últimos suspiros en la playa desierta, como lo hacen los misioneros; aunque sea sufriendo toda clase de persecuciones, como lo hacen los Confesores. En los seminarios, se templan los caractes y se acrisolan las virtudes, para hacer invencibles a los gladiadores por Cristo.

En esos tiempos de gratos recuerdos para al-

gunos ancianos Sacerdotes, que hoy caminan ya doblegados, no por el peso de los años, sino por el peso de los laureles cosechados en sus constantes luchas contra los enemigos de la VERDAD y de la VITUD, regentaban el Seminario de Medellín, los Presbíteros José Ignacio Montoya, Obispo después, y Sebastian Restrepo.

Con tan hábiles maestros en la virtud y en las ciencias, ya podemos imaginarnos hasta qué punto subirían la caridad, el celo, la ciencia y las demás gracias y virtudes que adornar deben a todos los ungidos del Señor, en aquellos aprovechados discípulos que muy bien comprendían la grandeza del sacerdotio católico, y la tremenda responsabilidad que sobre sus hombros pesa, desde el momento en que el Señor Obispo impone sobre ellos sus manos consagradas.

CAPITULO III

SU ORDENACION

Hecho ya digno de ofrecerse como víctima al Dios tres veces santo, y después de cumplir con las prescripciones canónicas, se presentó el 21 de Diciembre del año 1873, en la Capilla del Monasterio de Medellín, ante el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, doctor don José Joaquín

Isaza, para que le unguiera con la unción sacerdotal.

Cúal pudo ser su recogimiento, su temor y su humildad en aquella ceremonia grandiosa, en la que la Iglesia nuestra madre derrocha toda la magestad de su Liturgia, sólo nos lo podemos imaginar los que tuvimos por muchos años la dicha de verlo celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y todos los otros actos del sagrado ministerio. Un día después de otro día; un mes después de otro y un año después de muchos años, le vimos salir de la Sacristía con los ojos bajos, el porte humilde, el paso lento, y con un espíritu de fe tan visiblemente claro, que no dudamos afirmar, por no ser temerario, que sus transportes místicos en estos actos eran tan sublimes y encantadores, como los transportes de los grandes santos que veneramos en los altares. Con solo mirarlo en el altar, desde el momento de empezar la Santa Misa, ya se veía uno obligado a exclamar: «Ved aquí un santo» Y téngase entendido que no somos nosotros los que és o afirmamos; pues, como ninguna autoridad tenemos en esta materia tan delicada, nuestras palabras se perderían en la inmensidad de las necesidades que solemos decir los tontos; no somos nosotros los que hacemos esta afirmación sino que en este caso nos hacemos el eco de Sacerdotes muy sabios y muy viruosos, que esto les hemos oído afirmar. Fue por esto por lo que el Ilustrísimo Señor Hoyos (q. e. p. d.) le tuvo como una gloria y como una virtud ambulante, digno de ser imitado por todo su virtuoso clero.

Desde la primera hasta la última rúbrica del misal eran para él obligatorias, como en verdad lo son. Nada de distracciones que pudieran apartarle su corazón y su alma de la ocupación divina. Si tal fue supiedad al medio y al fin de su carrera Sacerdotal, quién puede dudar de su fervor angelical en la aurora de su ministerio?

CAPITULO IV

SU APOSTOLADO

No fue, pues, desde ese día un hombre común como no lo debe ser ningún sacerdote, que dejara correr la vida con indiferencia gentil; no; afanoso recogía todos los momentos de tiempo que Dios le ofrecía, para irlos henebrando, como perlas preciosas, en la purísima cadena de sus obras salvadoras.

Por orden de su Prelado pasó sucesivamente a las coadjutorias de Belén, Medellín y otras poblaciones, llevando por todas partes el perfume delicioso de sus virtudes robustas y exuberantes, para embriagar con ellas las almas de todos aquellos que hasta él se llegaban en busca de celestiales consuelos.

Pasó después como Cura interino de San Carlos y allí edificó notablemente por su piedad.

En esos mismos días los vecinos de Supía, per-

tenecientes entonces a la Diócesis de Popayán pidieron permiso a su Prelado para pedir un sacerdote al señor Obispo de Antioquia. Hechas las gestiones del caso se convino en todo: entonces el Señor Isaza nombró al Padre Gallo cura interino de la parroquia de Supia.

El 30 de Agosto de 1874 entró lleno de alegría a su nueva parroquia, porque internándose en esas montañas cumplía con la voluntad de Dios, a la cual estuvo siempre incondicionalmente sumiso en todos los años de su largo ministerio. El Pueblo lo recibió con júbilo, y no sin razón. Allí, como era su costumbre dedicó toda su vida y todas sus energías al cumplimiento de su deber, y con gran alegría comprendió que su labor no era ingrata. Las costumbres relajadas fueron perdiendo la fuerza prescriptiva, y la moralidad empezó a reverdecer y a hechar raíces profundas; los ilotas y los ignorantes aprendieron a amar al Ser Supremo como último fin de todas sus acciones, y los ilustrados buscaron en Ellos la verdad como fuente suprema de toda su vida. Hizose así la vida más amable, y los sufrimientos congénitos con ella tuvieron una explicación racional y por tanto soportable. Qué tiempos mas felices podrán ser comparados en esa Parroquia con los que disfrutaron bajo el cuidado de tan solícito y amado padre? Cuánto no sería el deseo de los supianos de que la vida de ese Santo se consumiera en las aras de su tranquila Vega para que el cielo los mirara con ojos siempre compasivos, considerándolos como hijos privilegiados de ese Padre amoroso que está en los cielos?.....

Todas estas halagüeñas esperanzas tenían los supianos; pero por justos designios de Dios, esta gran felicidad, esta dicha y esta alegría se las tenía reservadas a otra población. En Supía permaneció hasta el día 6 de Agosto del año 1876. tiempo en que por motivo de las guerras civiles tuvo que retirarse de nuevo a la Diócesis de Medellín.

CAPITULO V

PERSECUCIONES LIBERALES

El año 1876. es uno de aquellos que se recuerdan todavía en los anales patrios como señales profundas e imborrables, de una enorme herida por donde se desangró fieramente la vida y la existencia de lo que más se ama: la vida religiosa. El liberalismo, tan católico como los liberales de hoy, tan amantes de la Iglesia católica, como lo son nuestros actuales liberales, tan respetuosos de los derechos ajenos, como los de nuestros actuales momentos, con su famosa Constitución de Rionegro, antirreligiosa y amoral, que querían poner en práctica contra el querer de todos los católicos, como lo está haciendo actualmente el impío gobierno francés; el liberalismo, repetimos, sectario e impío, poniendo

en práctica todo el odio satánico que el infierno tiene a la Esposa inmaculada del Divino Cordero, exasperaba al país católico y de aquí las constantes guerras civiles en que el pueblo luchaba contra el gobierno por la libertad religiosa. No obstante los esfuerzos de los católicos por desobedecer las impías leyes que, como consecuencias de la Constitución iba sacando el liberalismo, la famosa Constitución de Rionegro (año 63), continuaba en vigencia, y con élla, los atropellos, las persecuciones y los destierros de los Sacerdotes y de los Obispos Santos, que ante los tiranos exclamaban: «Es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres»

Este fue el grito del Padre Gallo, haciendo causa común con su Santo Obispo y con los otros Sacerdotes que sabían cumplir con su deber. Y por esta razón el Gral. Rengifo, tan cristiano como los liberales de hoy, hizo servir al Padre Gallo como soldado, junto con otros beneméritos Misioneros del altar, entre la soldadesca brutal y corrompida.

Fue hecho prisionero el día 18 de Marzo de 1879. por cargos de tan poco peso ante la ley, que según expresión del mismo Prefecto «no prestaban mérito» Al escuchar semejante frase del hombre llamado a repartir justicia en nombre de la República, cualquiera podía afirmar, sin miedo de equivocarse, que tal prisionero político hallaría las puertas de la cárcel abiertas, de par en par, muy al despertar el alba. Pero no fué así, por que allí no reinaba la justicia sino el odio; allí

no se amaba la ley sino la venganza; allí no se servía a la República sino al tirano. Por esta razón el día 22 por la mañana vió con dolor de su alma que a varios Sacerdotes los despojaron de sus sotanas para vestirles la roja chaqueta del soldado; y que en seguida también el fué condenado a la misma suerte, teniendo que cambiar la túnica de paz y de amor, por el vestido de odio y de muerte.....

Desde ese día (22 de Marzo del mismo año) estuvo en «servicio activo» en el batallón «Casadores del Cuchillón» con otros 5 Sacerdotes más y allí permaneció hasta el 11 de Junio, día en que se le dió libertad, según informe del Señor Vicario General encargado de la Diócesis, el Señor Presbítero doctor don José Dolores Jiménez, en donde a la letra dice: «Sólo al Sr. Pbro. Teodoro A. Gallo le dieron libertad, mediante una fianza que prestó D. Marcelino Restrepo» (murió al día siguiente de firmarla) (apuntes para la historia del Clero, por el Padre Ulpiano Ramírez Urea)

Entre los muchos sufrimientos que tuvo que soportar, bajo tan *cristiana* soldadesca, el Padre Gallo, como los otros Sacerdotes contaba él personalmente, que tenía por el mayor, de todos sus sufrimientos haber tenido que cargar sobre sus espaldas a varios hijos del crimen, con grán escarnio de la dignidad y grán vergüenza para su alma pura.

No queremos pasar adelante sin contar una anécdota que él refería con gracia inimitable, y que demuestra a lo vivo la profunda humildad de nuestro Párroco.

Cierto día que el cuartel estaba alborotado por causa de la aproximación de los enemigos políticos, tocóle al Padre Gallo estar de centinela, con orden terminante de hacer retroceder a todo civil que se acercase a la portería. Paseábase de un lado al otro de la puerta, a la usanza militar, vestido de su chaqueta roja, cuando callandita se le acercó una viejecita conocida suya y le dijo muy en secreto «Vea mi padrecito pa que se la coma» sacando debajo del manto una hermosa gallina. Aunque nadie lo estaba viendo, y pudo haberla recibido por sí o por medio de algún amigo suyo, no lo quiso; por que la costumbre que tenía de obedecer a sus superiores le impedía hacer nada que pudiera disgustarlos. Así fue que inmediatamente con el fuerte grito de «Atrás», espantó a la viejecita que salió corriendo, llena de tristeza por que «el Padrecito estaba bravo»

CAPITULO VI

SU APOSTOLADO

(Continuación)

Cuando esto sucedió era Coádjutor de Envigado y después de esta guerra pasó de Cura interino a San Carlos, en donde por quebrantos de salud permaneció muy pocos meses, y vino a